6-33
28
CASA MUSEO UNAMUNO

Año I — Madrid, 31 de octubre de 1918 — Núm. 7

Oficinas: CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 10 — REVISTA QUINCENAL DE ARTE Y DE CRÍTICA — Director: ALBERTO GHIRALDO

LEGADO DE D. MANUEL GARCIA BLANCO

EL HOMBRE DEL CHORIZO

Este hombre del chorizo y de la siesta,
que va de fiesta en fiesta,
el de la buena hembra y la bandurria,
el que ahoga su murria
jugando al monte;
este hombre del chorizo,
el que adora en Belmonte,
es el castizo.

Es hombre de calzones,
aunque su voluntad es la desgana,
y saca en ocasiones
filosofía, como ellos, de pana
y no de terciopelo,
y, así como al chorizo, le arde el pelo.

Sobre todo aborrece
a los que dar que hablar procuran sólo,
y no más se perece
por no pensar. El bolo
que tiene por cabeza
— ¡qué lástima de hito! —,
para dormir le sirve; es una pieza
en que sólo está escrito
que escrito está que de este mundo sacas
lo que metes no más. Son alharacas
de locos de remate
todo eso de la historia;
lista de reyes godos, ¡disparate!,
y no hay, si es que la hay, más cierta gloria
que volver al chorizo y a la siesta,
y buena hembra, y bandurria, y monte, y fiesta.

Hombre de orden el hombre del chorizo,
después de este negocio,
el de soñar la vida pasajera
con un sueño castizo
y alimentar el bocio
en que infartada lleva su quimera,
sólo piensa, cuando entra ya en capilla,
comprar en la taquilla
del coso de los curas,
un billete de entrada a talanquera
para colar calzones y asaduras
a la postrera fiesta
que es la que nunca acaba eterna siesta.

Cree en Mella o en Lerroux, le da lo mismo;
mas le rompe el bautismo
— es un decir — en salva
la parte, ¡claro!, al lucero del alba,
si atreviéndose a irle contra el pelo
le quiere hacer tragar algún camelo.

A él que no le toquen la marina,
marina de secano,
lo demás es pamplina,
— el mar de su marina es un pantano —;
a él que no le toquen en lo vivo,
es decir, en lo muerto,
ni le hurguen la galbana,
ni le cambien de estribo,
que en su macho le dejen a su gusto,
sin irle con lo cierto y lo no cierto,
que no le den el susto
de darle media vuelta a su desgana.

El hombre del chorizo tiene un alma
llena de pimentón y aun de guindilla,
y endulza nuestra calma
soltando al aire alguna seguidilla
de esas en que se mienta al cementerio
y «¡ay, ay, ay madre, madrecita!»,
u otra alegría así de nombre serio
que cantando sin fin se desgañita.

Este hombre del chorizo, ¿al fin existe?
Este hombre del chorizo es sólo triste
pesadilla de nuestra alma española,
que va casi en ayunas
con un trago y un soplo de aceitunas
a dormirse sin ropa, fría y sola,
bajo un cielo sin fin que la tortura,
bajo un cielo acerado e implacable
que las flores nos hiela en primavera,
apedrea las mieses en estío
para menguar la era,
o en venganza feroz las achicharra
al sol de la justicia contra el frío,
y en sobarnos no marra.

—

Oh cielo todo luz, oh cielo amigo,
que doras el limón a las Españas,
¿qué te hemos hecho para tal castigo
con que nos emponzoñas las entrañas?

Miguel de Unamuno.

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
GREDOS.USAL.ES